

# Raza y dolor



MÉXICO

Autores: Anabella Barragán Solís, candidata al doctorado en antropología y profesora investigadora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y Omar Fernando Ramírez de la Roche, antropólogo, maestro en administración de sistemas de salud y profesor del Departamento de Medicina Familiar de la Facultad de Medicina de la UNAM.



La observación empírica de la variabilidad biológica de los seres humanos ha suscitado un sinnúmero de explicaciones míticas, religiosas, jurídicas, científicas y estéticas, entre otras, que invariablemente diferencian a los grupos humanos atribuyendo características morales y de personalidad según la correspondencia a un tipo físico asignado, lo cual de manera innegable lleva a la jerarquización.

A lo largo de la historia los elementos de clasificación de la diversidad humana han pretendido demostrar la existencia de razas humanas con base en caracteres físicos, entre los que se privilegian el color de la piel, las medidas somatométricas de la cabeza, el tipo de cabello, la forma de la cara, la forma de la nariz, la estatura, las huellas dermatoglíficas, los grupos sanguíneos y, más recientemente, marcadores de ADN autonómico y ADN mitocondrial. En la antigüedad los egipcios clasificaron a los seres humanos en: egipcios, los amarillos, los negros y los rubios. Hacia el siglo XVI, los científicos de la época sostenían que los distintos tipos humanos tenían orígenes evolutivos diferentes, que la raza negra tenía como antecesor al gorila, las razas amarillas al orangután y las blancas al chimpancé. La teoría monogénica demostraría, más tarde, que todas las razas tenían un ancestro común y que todos compartimos elementos que nos homogeneizan dentro del mundo natural, en tanto que pertenecemos a:

- Orden: primate
- Suborden: antropoidea
- Infraorden: *catarrinos*
- Superfamilia: hominoidea
- Familia: *hominidae*
- Género: *homo*
- Especie: *sapiens* ⇨

## Referencias bibliográficas

1. Acuña Alonso, Victor, *La contribución genética africana a las poblaciones mexicanas*, en IV Coloquio internacional de religión y sociedad: religiones afroamericanas y las identidades en un mundo globalizado, Memorias, ALER, 2005.
2. Aguirre Beltrán, Gozálo, *Cujila*, FCE-SEP, México, 1985.
3. *El negro esclavo en Nueva España*, Universidad Veracruzana-IN-CIESAS-ECE, México, 1994.
4. Barragán Solís, Anabella, *Acerca del racismo*, en Boletín ENAH, No. 4, 2004:3-10.
5. Chiclana Miranda, Ivette, *Presencia de la población negra en México: movilidad físico-social y el cimarronaje en Orizaba, Veracruz*, en IV Coloquio internacional de religión y sociedad: religiones afroamericanas y las identidades en un mundo globalizado, Memorias, ALER, 2005.
6. Gonzáles Morales, Armando, *¿Se puede negar la existencia de las razas humanas?*, en Ciencias, UNAM, 2000-2001:107-114.
7. Knauth, Lotear, *Los procesos del racismo*, en Desacatos, CIESAS, 2000:13-25.

No obstante la aceptación de dicha clasificación, Carleton, en 1967, propuso cinco subespecies humanas: caucasoide, mongoloide, australoide, congoide y capoide, y reconoció que aun dentro de esos grupos existe variabilidad. De esta forma, el concepto raza tiene un peso fundamentalmente biológico, sin confundirlo con etnia, pueblo, religión, nación o idioma. Para Dobzhansky, las razas son poblaciones caracterizadas por sus distintas frecuencias de ciertos genes y estructuras cromosómicas (Barragán, 2004).

Es necesario subrayar que hasta en la actualidad se ha dotado a los diferentes grupos raciales de cualidades morales, personalidad y resistencia física diferenciales, de debilidad y fortaleza, lo que lleva innegablemente a pensar en una resistencia al dolor distinta, directamente proporcional al color de la piel. Se cree que los morenos son más fuertes y aguantan más el dolor, mientras que los rubios son más débiles y sensibles al dolor. ¿De dónde surgen esas ideas?, aquí intentaré mostrar algunos elementos explicativos al respecto.

### **Nuestra tercera raíz: la africana**

¿Cuántos caracteres genéticos o fenotípicos se necesitan para determinar que un sujeto pertenece a la raza blanca, negra o amarilla? (tomando en cuenta el tono de piel). En este punto sólo queda subrayar que hoy en día es prácticamente imposible definir fenotípica o genéticamente una raza, dada la extraordinaria combinación de ambos tipos de rasgos que resulta del sinnúmero de mezclas, lo cual redundará en características cada vez más diluidas, como lo demuestra la misma conformación poblacional en México, donde el componente africano es imperceptible, salvo en algunas comunidades de las costas atlántica y pacífica. Tal como señaló Aguirre Beltrán, ha sido palpable la presencia de negros en México desde los tiempos de la conquista, en la que la trata de esclavos introdujo por lo menos 200 mil negros, principalmente varones adultos, que estaban destinados a los obrajes y minas de la Nueva España.

Esta realidad influyó de manera determinante en el proceso de mestizaje, ya que los negros, de

acuerdo a las cartas de compra-venta (que son los datos con los que se cuenta, pero en los que se debe considerar que muchas veces se cambiaba el lugar de origen de los esclavos para garantizar que el comprador obtuviera un hombre con ciertas características deseables, como la docilidad o la obediencia, ideas asignadas de acuerdo al lugar de origen) provenían principalmente del occidente africano, con una tradición islámica importante (Sudán, Congo, Guinea). A pesar de que las leyes coloniales prohibían la mezcla de razas diferentes, las uniones con mujeres africanas alcanzaban un porcentaje de aproximadamente 20% dada la escasez de mujeres importadas por los esclavistas portugueses, ingleses, franceses, holandeses y daneses.

Sin embargo, hijos de negros con indias y españolas aparecieron desde el inicio de la Colonia; los matrimonios más frecuentes fueron entre indias y negros. Todas estas mezclas conformaron poco a poco lo que actualmente se denomina *afromexicanos*, los cuales se encuentran más comúnmente en zonas rurales y costeras, donde estuvieron confinados los grupos poblacionales subalternos a los españoles y criollos, quienes poblaban fundamentalmente las ciudades. Pero los africanos estuvieron en prácticamente todo el territorio nacional, en las minas de Pachuca, Puebla, Guanajuato, San Luis Potosí y Zacatecas, así como en los ingenios azucareros de Morelos, Veracruz y Tabasco. Su presencia también tuvo lugar en el centro del país y se diseminaron hacia territorios alejados de las zonas poblacionales como negros cimarrones, que huían de la esclavitud y trataban de rehacer sus culturas originales.

Investigaciones genéticas acerca de la población mexicana demuestran que los habitantes de la ciudad de México tienen un componente africano de entre 7 y 10%; en la ciudad de Puebla el porcentaje corresponde a 10%; en distintas poblaciones de Oaxaca entre 5 y 18%; en Cuajinicuilapa, Guerrero hasta 55%; en León Guanajuato es de 8%; en

Ciudad Juárez, Chihuahua corresponde a 4% y en Veracruz es de 30%. Los grupos étnicos a los que pertenecían las poblaciones africanas, cuyos acervos genéticos y culturales compartimos, eran el yoruba, tuareg, mandinga, angolas y mbuji, entre otros.

### **La representación de la resistencia de los africanos**

En la época colonial se hizo una construcción imaginaria que identificó a los africanos con poblaciones agresivas y violentas –como si ello se tratara de una disposición natural–, y a su descendencia se le calificó como una “raza infame, carente de honra, crédito y estimación y mala por su origen” (Chiclana, 2005:2), así como fuerte y resistente al trabajo y la enfermedad.

La realidad demuestra que la población esclava trasplantada sufrió dos terribles procesos de selección: a) por características físicas, edad y sexo que ejercían los traficantes de esclavos, b) la selección impuesta por las duras circunstancias en las que estas personas fueron capturadas, trasladadas desde África hasta América y, finalmente, a su destino final; además, por el ritmo y condiciones de trabajo en las colonias.

Estos dos procesos de selección probablemente incrementaron la frecuencia de ciertas características fenotípicas, rasgos por los que los africanos eran considerados vigorosos y más resistentes a tareas físicas en comparación con los españoles y los indígenas. Esta percepción puede ser fruto de la exageración de la fuerza física para justificar la explotación desmedida de los africanos, atribuyéndoles una cualidad para las labores duras (Acuña, 2005:2).

La selección por parte de los esclavistas de personas con fenotipos que a su parecer denotaban mayor capacidad para el trabajo, según Aguirre Beltrán, hizo que se generara la idea de la superioridad física de los africanos sobre los europeos y los indígenas. Lo cierto es que algunos análisis demográficos dejan

ver que cerca de 20% de los africanos extraídos de su lugar de origen moría en el trayecto, y ya en Latinoamérica los inmigrantes africanos tenían tasas de sobrevivencia y reproducción más bajas que los inmigrantes europeos.

### **Comentarios finales**

El texto anterior sirve para fundamentar que la respuesta ante el dolor y la enfermedad no están genéticamente programadas, aunque no podemos negar la existencia psicológica y social de las razas –basadas fundamentalmente en elementos visuales–, la cual permite caracterizar ciertas cualidades y faculta la construcción de una identidad cultural determinada, misma que no se fundamenta en elementos biológicos puristas. La palabra raza “de hecho se trata en el fondo de un concepto de identidad, pero también de distinción y discriminación que se asocia fácilmente con características físicas, de facciones y tez” (Knauth, 2000:13).

Los estudios de genética han mostrado “un enorme polimorfismo genético en las poblaciones naturales, donde existe una gran cantidad de genes que son equivalentes en la función que realizan. Estos genes no son preservados por medio de la selección natural. Jean-Luc Rossignol afirma que la repartición de genes al interior de las poblaciones es tan diversa que sería más fácil definir la noción de raza sobre una base cultural que sobre una base genética” (González, 2000-2001:111-13).

Atribuir cualidades de percepción, asignación de valores y conductas a ciertos rasgos fenotípicos o genéticos es racismo. La percepción y la manifestación del dolor y la enfermedad son aprendidas en contextos sociales específicos, lo que significa que el dolor está determinado por la pertenencia a un grupo étnico, a un nivel escolar específico, a una ocupación dada y a una herencia cultural familiar, todo ello permeado por las experiencias de vida, aspectos psicológicos, orgánicos, fisiológicos y la patología propia de la enfermedad. Dichas manifestaciones son heterogéneas al interior de los propios grupos de pertenencia. **DOLOR**